

Señora María Flora Jóniz de Echeverría.

Presente.

Estimada señora y amiga,

irrefragable obsequio me hizo Ud. al poner en mis manos y confiar a mi cuidado su última novela, "Las Genizas". De más estará asegurarse que he recorrido con viva curiosidad estas páginas, historia de un delicado espíritu femenino, sutil y complejo, que sólo podía describir cabalmente un alma femenina también, de iguales finura, penetración y perspicacia. Resultado: que durante algunas horas esta lectura, distrajiéndome de más serias preocupaciones, me ha transportado, por el embujo del arte, a una región de poesía y a la vez de pungente realidad donde las almas y la naturaleza desarrollan un intenso drama. Y como Ud. sabe que nada de lo humano nos deja extraños, se explicará que haya vivido yo muy cautivado en ese ambiente de conflictos sentimentales que, por gracia y virtud de Ud., llega uno a sentir y padecer como propios.

Es que también el tema por Ud. es cogido es de lo que más segura y hondamente puede captar nuestra atención. Véase Ud.: las peregrinaciones y aventuras de un alma femenina en busca de un cariño que dure, exclusivo y total, por la eternidad de una vida! Las reacciones de esa alma insaciable e insaciable de amor, de egoísta consagración a la propia persona y que así se convierte en centro del mundo; he ahí un asunto que, no digo una, cien novelas puede inspirar... y ha engendrado ya. A su turno llega Ud. a tratarlo, y lo hace con maestría suma puesto que con habilidades también superiores, elude la solución del problema - que acaso no la tiene - y silencia sus últimas consecuencias. En efecto, Ud. deja a Irene en el instante mismo en que, arrojado el esposo, en Terumbu su hogar, a medio espumarse el cariño del hijo, llega la hora de ver como reacciona un carácter sentimental en presencia de aquel catástrofe que la afronta con la trágica realidad: ¿Dónde de aquellas ilusiones y sueños y ansias insatiables de afecto que desde la cuna la han acompañado y expuesto a todos los trances y deliquios y suplicios de la pasión meditada, y saboreada y recibida con plena, enardecida voluntad? No lo dice Ud. y nada en Irene, criatura voluble y de súbitas revoluciones anímicas nos permite imaginar qué va a ser de su existencia

futura, con el fardo de un corazón que no envejece y que siempre le fue mal piloto en las borrascas de la vida. Y tanto como hubiéramos querido seguir la deriva de esa alma a la deriva, y verla llegar al puerto de la resignación y la calma, con la triste conciencia, quizás, de la inasequibilidad de su ideal, de todo ideal!

Pero aun así detenida a medio camino de la vida, con lo que de ella ha ocurrido y de cuanto en ella la ha atormentado, Irene es personaje que nos atrae con la magia de sus espontáneas y versátiles emociones, con sus tan rápidas e inesperadas como femeninas variaciones que por momentos llegarían a desconcertar nuestra rutinaria lógica si a ella no la vintara ísa otra, inconsciente pero todopoderosa, de la pasión. Contemplada desde esas alturas toda su conducta se resuelve como una perfecta ecuación sentimental, y sólo nos da los elementos para juzgar como naturales y casi necesarias esas actitudes de Irene que la arrastran del campo a la ciudad, del mar al estero y los jardines, como a una mariposa ebria en busca de la luz del sol. Por este natural, por el sincero y tan humano afán con que ella persigue un afecto invariable que para siempre la anime y a su vez encontre en ella abrigo contra las tormentas del mundo, me parece excelente, de toda humanidad su pintura del carácter de Irene, hasta en su honda, inconsciente amorabilidad. La ves como inerte hoja que se deja arrastrar por todas las ráfagas de la pasión, que si suelan enlamburmarla hasta los cielos poco tardan en dar con ella en el suelo de la gruesa y vulgar realidad.

Forman esta última los varios personajes que rodean a Irene y los que ella sule descubrir en sus incansables correrías en busca de felicidad. Detácnese aquí una docena de hombres de todas edades y condición, a quienes W. escribe con el mismo arte de siempre, hondo, preciso y veraz, que no disimula fallos ni vicios sino que los convierte en sello de personalidad. No hay más interesante galería, y es porque W., con raro instinto de analista de almas, cuenta y pinta la de cada uno de ellos y nos muestra su resorte motor, sus fuerzas y orientación pasional, y los ruidos combates que en esos espíritus libran los buenos con los malos instintos. Algunos de estos retratos son acabados y magistrales, como el de ese Javier que se refugia en la música y ahoga en notas sus tribulaciones y ansias; o como esa magnífica pintura de cuerpo entero de D^{ña} María de los Angeles, soberbia de grandiosidad, de superación de todas las femeninas debilidades...; salvo, por supuesto, de la última!

En esta maraña de pasiones desatadas, no escasean los galanes; ni; cómo podrían faltar cuando habitan ahí también delicadas, hermosas almas de mujer, encarnaciones algunas de ellas de las más puras, etéreas virtudes, u otras heroicas, abnegadas, hechas de sumisión y terna afectiva? Para todas éstas hay en la paleta de W. finos, sutiles colores, tenues matices que las diferencian a unas de otras y nos describen sus más fugaces sentires, sus más pueriles y deliciosos caprichos o antojos. W. que tan suaves y seductores tipos puede pintar, guarda para los personajes viriles colo-

res enérgicos, fincadas rudas, los tonos fuertes que desprenden al individuo del fondo del cuadro. En algunos de estos casos su pintura es un castigo, algo como una exposición a la vergüenza pública. Tal por ejemplo, ese Andrés, a quien no puede uno menos que admirar en su envidia, en los vigorosos gestos con que no logra dominar su fundamental egoísmo de tenerlo a salvo de escrúpulos. Tal, asimismo, aquel desentrañado Enrique, frío como un reptil, capaz de atormentar a una celeste Angélica, y por se quedará de alma, incomprensivo del dolor que puede hacer un pecho de mujer...

Toda una galería de malos hombres, de indignos Caballeros está que aquí exhibe Ud.; y a la verdad, no es para enorgullecerse de ellos. Pero uno hay respecto del cual Ud. ha extremado sus rigores, mostrándose con él, más que dura, injusta por mal enfocado, y ese es... pues precisamente el marido, Agustín. Permítame por un minuto desempeñar en beneficio de él el papel de abogado del diablo, y defenderlo siquiera sea por el prestigio del sexo que llaman fuerte, (con decir como tantos otros.)

A este pobre marido comienza Ud. por condenarlo a perpetuo silencio. ¡Seus en estas docenas y tantas páginas se le oye la voz, o se le escucha discurrir acerca de cualquier cosa, se le conocen por propia declaración las ideas, sentires y propósitos, o menos que eso, siquiera las reacciones que en su alma de hombre de negocios producen el mundo con sus intrigas, la vida con sus complejidades infinitas? No, pues; ni por acaños. Al contrario: aun sin concederle Ud. la palabra, lo interrumpe a todo el en un solo quito, intranquilo, pleno de angustia y amor. "¡Tene!" clama arauto su mujer, evahunda, prisionera en las zarzajas del bosque, viene huyendo de brazos del amante. En seguida, este proceso lo organiza y falla la esposa misma, parte interesada y tanto más cuanto que se da el raro caso de que viva muy enamorada del esposo. Malas condiciones, se comprende, para juzgarlo.

¿Y qué causas para la acusación? Terribles como va a verse: que Agustín no la atiende todas las horas del día y de la noche, que no la atiende, (¡del eterno cargo de las mujercitas inescompres!), que desanda los antojos, y veleidades, y caprichos, y pueriles consejos y raciocinios de ella; que no se lo pasa los días de claro en claro y las noches de turbio en turbio estudiándola, absorto en las invitaciones femeninas en vez de, como cantaba el poeta, a los divinos pies de Tene

"acabadas de abrir derramar rosas".

Ignora la agraviada esposa que es tarea archidifícil, no digo para un Agustín, para cualquier hombre corriente detenerse a seguir los pasamientos de su mujer, y calcular, intuir, maliciar o prever lo que pasa por la cabezita tumultuosa de la voluble y antropodiza creatura, (conste que el diablo está hablando únicamente de Tene,) y ello mientras afuera aguardan los mil y mil compromisos, exigencias, molestias, desagravos y decepciones que son el pan diario de un hombre de negocios. Desconoce Tene la repercusión infinita de las actividades de su marido en el mundo financiero, en la industria y aun en otros hogares, todo lo cual vive de la confianza en Agustín. Lo admirable y digno de encomio es que en esa vorágine de múltiples y antipuestos intereses, entre balances y ajustes y pagos y cuanta operación imaginó la economía bursátil, montenga el marido a Tene en segura y sólida

situación social, con comodidades, en respetable lugar, que atiende a los a la educación del hijo, el cual corresponde a la paternal ternura con el cariño que Ud. misma ostenta en tres o cuatro pasajes. No es justa ni razonable, pues, tiene cuando protesta de que el marido atiende a esos negocios en que están comprometidos el prestigio y solidez del hogar, en vez de sentarse a contemplarla, a oír sus divagaciones, sus místicas charlas, a seguirle en sus vuelos y ensueños por diáfanas alturas y en la mareante atmósfera de los ideales, etc. etc. Si aun sin esos despilfarros de tiempo sobreviene la catástrofe, el derrumbe que cae en el suelo con el hogar, claro está que todavía mucho antes de eso se habría producido el cataclismo. Y por último, no debe olvidarse tiene la parábola de eterna recordación y enseñanza: "que arruine la primera piedra quien se sienta sin culpa." En el presente caso, el lector se dice: "¿qué derecho alega la esposa que viene llegando, prófuga, de una cita y que en el camino ha preparado la tel del día siguiente, antes de desizarse convulsa, exhausta a su morada? ¿le queda algo por que vituperar y escarmentar al marido?" Contestó el señor juez, el novelista. Lo que es el defensor ha concluido su alegato y pasa a otro ^{aspecto} aspecto del bello romance. El es la forma literaria, el estilo que ya cumple examinar.

El es muy satisfactorio porque Ud. domina su idioma y puede así escribir con soltura y elegancia, esmaltada la prosa con la fulgida pedrería de su caudaloso vocabulario. Dos cualidades fundamentales de una buena prosa caracterizan a la suya: la sencillez y facilidad de la fraseología, que se desarrolla amplia, límpida, natural y sin tropiezos ni perturbadoras incidencias; y una gran fuerza y condensación de la frase cuando lo requieren las circunstancias. Frente a estas páginas vigorosas de forma y sentidos otros pasajes, todos blancura y suavidad, (la pag. 121 es toda entera un primor de pasión y abnegación!), forman una deliciosa armonía. A cada momento encontramos aquí una cabal adecuación de la palabra al pensamiento; esta prosa desenvuelve sus pliegues con firmes contornos, tinéndose con los reflejos, matices y tintes exigidos por los actores y por el paisaje. Así como hace dialogar con rapidez y naturalidad a sus personajes y en cada circunstancia expresar lo que es significativo, y decirlo breve, nerviosamente, a estilo francés, sabe Ud. también ensanchar y rebobear sus períodos, en períodos calma, violencia o tumultuosos arrebatos cuando pinta los paisajes, los accidentes y fenómenos de la selva, el llano, el mar, la montaña, los prados y jardines. Esto lo hace Ud. con cierto abuso de su facilidad pictórica y de su otro creador de artista. Seguro yo a sentir un cierto como exceso en esta insistente intromisión del paisaje a la hora en que el relato de la pasión y sus vértigos debe aparecer simple y desnudo, cuando la explosión del sentimiento sobra para iluminarlo todo, sin la presencia de pinturas o imágenes que distraen o atentan la sensación principal, hegemónica según diría un griego. Veinte veces estaría uno tentado a exclamar, "basta, basta!" Esto ni siquiera es natural en escenas rápidas y violentas en que no cabe suponer que los personajes tengan tiempo y ánimos para ocuparse de tales detalles. En toda obra de arte es requisito primordial la sobriedad; los millonarios del ingenio, como los otros, deben guardarse de exhibir intempestivamente sus tesoros.

Las pinturas, descripciones e imágenes que Ud. a manos llenas prodiga, bellísimas y pintorescas en sí, suelen no estar bien ni ser necesarias en el lugar en que aquí aparecen. A este pro-

5.
Punto. Hay que siempre tener en cuenta el consejo del poeta que

"S'un mot mis à sa place enseigne le pouvoir".

Lo que Malherbe practicaba con las palabras rige también con las figuras literarias, ... siempre que sean ellas hermosas flores como las que Ud. combina en vistoso y perfumado ramillete.

Claro está, distinguida amiga, que mis observaciones son exigencias y reparos tal vez excesivos de quien desea la perfección intachable de su obra. No deben por ningún motivo desalentarla en sus nobles afanes de artista del verbo y de creadora de almas. Dígame no más - y es lo que yo anhela verle decir: "Otra vez lo haré mejor!"; y continúe con brío inquebrantable su obra de belleza, ahondando sin término en el abismo del alma humana a fin de que siquiera una vez no sea verdad el verso desesperado y trágico de Leopardi:

"L'infinita vanità del tutto."

Con lo cual doy remate a estas majaderosas líneas que debieron cifrarse en dos palabras: "¡Qué verdadero y bello!" y agradeciendo cual se merece la bondad de obsequiar "Carizas" a quien tantas cosas ya en la cabeza, déjeme saludarla con afecto y respeto y decirme de Ud. cordial amigo y ss.

R. Carila Silva

Stgo. 17/IV/1949.

PATRIMONIO UC